

SEÑORAS Y SEÑORES :

Honrables miembros del presidium. Señor representante del Rector de nuestra universidad, quiero que sea Ud. el portavoz para informarle al señor Rector que en esta reunión se encontró con una gran sorpresa; informarle que el Profesor Pedro Reyes Velázquez VIVE, que está vivo en la prensa de su familia, que está vivo a través de sus alumnos y de toda la enseñanza que como fértil semilla dejó robada, que está vivo en sus amigos, que está vivo en todos aquellos que acuden a esta capilla y se dan cuenta de la enorme cultura que ha legado el maestro.

En la época que el profesor Reyes Velázquez fue candidato por el Partido Acción Nacional a la Gobernatura de Nuevo León a un servidor me tocó colaborar con el candidato por el PRI, Pedro Zonilla Martínez y nosotros en tono festivo los denominábamos Peter Pan y Peter Pir.

Y quiero compartir una expresión del entonces candidato por el PRI, Pedro Zonilla Martínez que nos manifestó: "Jamás ha habido en la historia de nuestro partido un contendiente tan digno como el Profesor Pedro Reyes Velázquez".

Eduardo Martínez Añón

Apuntes para una instantánea de Pedro Reyes Velázquez

(El periodista. El político)

Jorge Villegas

Primer Acercamiento: la queja sobre los escombros.

El currículo de Dunstano.

Pedro Reyes Velázquez se movía en medio de una sociedad provinciana, santurrona, con un alfiler en la mano.

Así reventaba globos de vanidad, de pretensiones principescas, de dictaduras políticas y sociales mal encubiertas.

Su humor sardónico, su lengua afilada y pluma de bisturí calaban hondo en una ciudad que muchos ya no recuerdan.

Monterrey era tierra de un solo partido, de una sola universidad, de un solo empresario, de un único periódico.

Y Pedro llegó a trabajar en la Universidad, a escribir en el otro periódico, a militar en el otro partido. ¿Quiere mayor desacato a tiempos y costumbres?

Con los años, con la nostalgia de sus columnas cotidianas, aprendimos a reconocer en Reyes

Velázquez un maestro del género, del periodismo combativo.

Con una visión renacentista, con un enfoque universal y pletórico de erudición subyacente, Pedro escribía para nobles y plebeyos. Para el lector culto y para el observador al vuelo.

Era, por su universalidad, por su visión por encima de las cabezas de sus contemporáneos, periodista de espectro amplio.

Periodismo cultural, de divulgación, de sopa de letras, marginalias y reseñas.

Periodismo de análisis político. El retablo de las maravillas.

Periodismo militante en periódicos de combate.

En tiempos de prensa uncida al sistema, don Pedro utilizaba lo que él llamaba estrategia jesuítica para burlar la censura:

"Mire -nos confiaba-, los editores normalmente sólo leen el inicio y el final de los artículos. Por eso empiece y acabe con asuntos inocuos. Y en medio aseste el mandarriazo".

De él aprendimos la técnica del verdugo más cotizado del reino: aquél que cortaba el cuello de un tajo y el condenado sólo se percataba del daño cuando rodaba su cabeza por el cadalso. Así de fino escribía don Pedro y algunos de sus discípulos. Con humor, con elegancia y con el dardo envenenado que no se advierte sino en la relectura, en la conclusión del lector.

Así era Maese Pedro, quien desplegaba su retablo de

las maravillas y nos hacía ver gigantes, monstruos y cruzados donde sólo había provincianos cándidos y laboriosos.

Pedro el político.

Reyes Velázquez pudo cumplir su destino con la cátedra lúcida en el Tecnológico.

Hubiera cumplido su misión en la vida con sólo ejercer la crítica social política desde las páginas de los periódicos.

Pero su pasión no podía enclaustrarse en el gabinete, en el aula.

Resolvió ser político aguerrido, militante.

Pongamos su militancia en contexto:

Ahora es fácil ser panista. Los espontáneos se arraciman a las puertas del partido, queriendo entrar, queriendo militar y gozar los deleites del poder.

El PAN de Pedro Reyes Velázquez era una entelequia, un sueño perdido de un puñado de ilusos regiomontanos. No muchos. Apenas unos cuantos.

No había IFE para neutralizar las marrullerías.

No había prerrogativas para sustentar la oposición.

No había un solo espacio político que dejara libre un partido gobierno monolítico y socarrón.

En ese partido de oposición beligerante, pero que no completaba las planillas ni en la zona metropolitana, militó don Pedro.

Era hombre de discurso de fuego, polemista agudo e invencible.

Pero también era hombre de mitin, plantón y desafío.

Cuando se resquebrajó por primera vez la mansión del poder, cuando se permitieron los diputados de representación proporcional, Pedro Reyes Velázquez apareció en la planilla del PAN.

El día de la elección, con los ojos de la nación observando el primer atisbo de democracia electoral, Pedro comprendió que la ventana de oportunidad demandaba gestos audaces, espectaculares.

Armó, pues, camorra por algunos de los frecuentes fraudes en la casilla. Tanto alboroto armó, que un pelotón de soldados lo aprehendió y lo subió a un jeep del ejército.

La foto del maestro del Tec, del opositor mártir, en un jeep militar y entre soldados y fusiles, apareció en todos los periódicos de México.

Por supuesto que el régimen se apresuró a reconocerlo como diputado, para que vieran lo avanzada que iba la democracia en México.

En el Congreso de la Unión, se comportó como un legislador responsable y negociador, cosa que lo enemistó con los radicales que lo querían ver morir en el fuego del martirologio.

También se les arrugó la nariz aristocrática cuando don Pedro decidió colaborar con una administración priísta en Monterrey.

El alcalde César Lazo, hombre generoso y liberal, llamó

a Reyes Velázquez para encabezar la Escuela Municipal de Verano, que rescataba la tradición perdida de la Escuela de Verano de Zertuche en la Universidad de Nuevo León.

Nunca hubo compromiso político ni compra de lealtades. Reyes Velázquez fungió con honor y brillo en el cargo y ayudó a escribir páginas luminosas en la crónica municipal.

Ahí trabajé con él. A mí me correspondía ejecutar los acuerdos de Pedro con el equipo municipal.

Nos reuníamos una vez por semana y hablábamos de todo, menos de la tarea municipal encomendada.

Eran paseos por la historia de las letras, por el anecdotario político de México.

Chismes de alto nivel sopeados en café y sarcasmos festejados a carcajadas.

Alguna vez quisimos invitar a don Alfredo Gracia, el librero admirable, a dar una conferencia en los bajos de palacio.

Alguien opuso una objeción: pero este domingo le corresponde exhibir libros a su competencia, ¿aceptará hablar don Alfredo?

Reyes Velázquez saltó a la palestra. Claro que aceptará. Vamos a invitar al griego, no al fenicio.

Años más tarde, con el país aún bajo la pesada mano del partido hegemónico, el Presidente Echeverría decidió enviar de gobernador a un regiomontano que había servido en cargos en el DF y en Tamaulipas. Con carrera brillante, pero desarraigado de Nuevo León.

La postulación de Pedro Zorrilla era una evidente violación al texto de la Constitución de Nuevo León, que demandaba en los candidatos a la gubernatura haber nacido en el estado y tener arraigo de años.

Ante la flagrante violación constitucional, el PAN y Reyes Velázquez decidieron poner en la picota del ridículo al PRI. Se postuló por el PAN a Pedro Reyes Velázquez, con un arraigo de muchos años, pero que había nacido en Jalisco.

El desafío a la autoridad era feroz y hasta divertido: ¿Descalificarían la candidatura de don Pedro, regiomontano por arraigo de varias décadas? ¿Admitirían la candidatura de Zorrilla, que había sido gobernador interino en Tamaulipas?

El sistema reculó: cambió una sola letra en la Constitución para que dijera, en lugar de oriundo y con arraigo, oriundo o con arraigo.

El día que me invitaron a participar en este coloquio a la memoria de Pedro Reyes Velázquez me alegré por él, por su familia.

Me alegré por la oportunidad de rendir un homenaje personal adeudado al amigo.

Pero más me alegré por Monterrey, por la Universidad, que se honran honrando la memoria de los mejores.

De los hombres que forjaron una gran ciudad y la dotaron de una conciencia crítica.

Pedro Reyes Velázquez fue eso: la conciencia lúcida de una ciudad que amó como si fuera de él.

PEDRO REYES VELÁZQUEZ

En la memoria de sus amigos discípulos... (1)

Eugenio Amendaiz

ANEXOS

Bajo de estatura, ojos cortas y finas que acompañaban a su mente y atardecida en algún despiante de loro político o en alguna explicación sobre los estilos literarios... su porte un poco circunspeto y su ecidud entre enpaquetada y amigable, entre agresiva y cortés. De pronto... algún comentario con el vecino hacia conmover su figura toda... en una risa lalal. Alguna de sus breves manos, colocada frente a la boca, quería ayudar a componer la gravedad perdida... que a veces tardaba en regresar... porque Pedro gustaba de reír. Rala ampliamente. Con la felicidad del travieso o con la pizca del mexicano... Así era Pedro Reyes Velázquez. Ademón o danplante. Risa gozosa o burlona. Cortés y gravedad. Hombre de clara inteligencia, ágil periodista y maestro de corazón. Apasionado estudioso del quehacer literario y medulamente interesado en la circunstancia política. Su estilo como escritor, claro, sobrio, sin recargo de adjetivos, con la maestría del que sabe usar los períodos largos. Manejador hábil de la sátira, con sutileza o sin ella... con frecuencia cargaba sus frases de un contenido conceptual mayor del que aparecía a primera vista. Era, en este sentido, un escritor comprimido. Comprimido por la necesidad de enmarcarse a diario